



La Palabrería

María Eliana Carrasco Linford

María Eliana Carrasco Linford

la palabre

María Eliana Carrasco Linford

la palabre



La Palabrera

© Ediciones Universidad Cooperativa de Colombia, Bogotá, agosto de 2021

© María Eliana Carrasco Linford

ISBN (impreso): 978-958-760-246-3

ISBN (PDF): 978-958-760-247-0

ISBN (EPUB): 978-958-760-248-7

DOI: <https://doi.org/10.16925/9789587602487>

Nota legal

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio –mecánicos, fotocopias, grabación y otro–, excepto por citas breves en textos académicos, sin la autorización previa y por escrito del Comité Editorial Institucional de la Universidad Cooperativa de Colombia.

FONDO EDITORIAL

Director Nacional Editorial

Julián Pacheco Martínez

Especialista en Producción Editorial (libros)

Camilo Moncada Morales

Especialista en Producción Editorial (revistas)

Andrés Felipe Andrade Cañón

Especialista en Gestión Editorial

Daniel Urquijo Molina

Analista Editorial

Claudia Carolina Caicedo Baquero

Asistente Editorial

Héctor Gómez

PROCESO EDITORIAL

Corrección de estilo y lectura de pruebas

John Fredy Guzmán Vargas

Diseño y diagramación

María Paula Berón

Ilustración de portada

José Olarte

Impresión

Redbooks S. A. S.

Impreso en Bogotá, Colombia. Depósito legal según el Decreto 460 de 1995

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Carrasco Linford, María Eliana

La Palabrera / María Eliana Carrasco Linford. -- Bogotá : Universidad Cooperativa de Colombia, 2021.

p. 222

Incluye datos de la autora en la pasta.

ISBN 978-958-760-335-4 (impreso) -- 978-958-760-336-1 (digital) -- 978-958-760-337-8 (e-pub)

1. Novela chilena - Siglo XX I. Título

CDD: Ch863.44 ed. 23

CO-BoBN- a1078805

Mi reconocimiento a Lilly Dorothy y a María Paula por su interés y cariño, y a Fernando por respetar mi silencio.

Contenido

Copyright

Prólogo

La Palabrera

María Eliana Carrasco Linford

Prólogo

En una nota del 2 de agosto de 2000, en el periódico *Las últimas noticias*, se cuenta que, cuando su autora hizo su primer intento de publicación, el editor que recibió la obra la rechazó sin leerla. Le dijo que, si ella hubiera sido un hombre joven, habría leído su novela; “nosotros seguimos a los escritores jóvenes”, afirmó. Y dejó en claro que de ese plural masculino quedaban excluidas las escritoras, jóvenes o no. Pero el caso de María Eliana era particular, porque se trataba de una mujer de 65 años que asumía el reto de entrar en el mundo literario. Se convertía en objeto de una doble discriminación: por ser mujer y por no ser joven. Esas dos características negaban siquiera la posibilidad de que su obra fuera evaluada. Esto ocurrió hace más de dos décadas. Por fortuna, las lapidarias palabras de aquel editor no hicieron mella en su ímpetu y continuó en la búsqueda de una institución que decidiera apoyarla. En 1996, la Editorial Andrés Bello decidió asumir el reto y publicó *La Palabrera*. Veinticinco años después, Ediciones UCC quiere conmemorar esta primera edición, como un gesto de reconocimiento al esfuerzo y compromiso de su autora, que hoy se convierten en símbolo del perseverar en el

proceso de reivindicación e inclusión de la mujer en el campo de la literatura y la cultura, en general.

La Palabrera es la historia de un pueblo y sus habitantes que se ven enfrentados a lo que podría entenderse como un acontecimiento: la irrupción de lo inesperado en un mundo que parecía acabado; la evidencia de una transformación que llega con sus oportunidades de cambio, sus premoniciones y la necesidad de descifrarlas. Aquel paraje llamado Entre Voces, alejado de la civilización, rodeado por dos montañas y un volcán, un día se despierta con la noticia de que Ismenia, la muda del pueblo (y quien es una de las hijas de su fundador), puede hablar. De manera más precisa, lo que hace es pronunciar cuatro palabras que se asemejan al esbozo de un poema, una especie de rima inconclusa que está a la espera de ser completada. Ella es una mujer de vida ascética, que hace lo mínimo; la mayor parte del tiempo está sentada frente a la venta pintando el paisaje. Al mejor estilo de Bartleby, revoluciona todo a su alrededor. Ella en su quietud se convierte en una potencia que transforma a través de las palabras (esas cuatro palabras). Así, su voz funciona como un oráculo, un vaticinio, una advertencia. Un mensaje en clave, un rompecabezas que, al armarlo, revelaría su sentido y nos salvaría de lo siniestro.

Este libro es una fábula abierta que nos recuerda que unas cuantas palabras dichas en el momento justo pueden cambiar el rumbo de una vida.

Julián Andrés Pacheco Martínez

Director Editorial, Universidad Cooperativa de Colombia
Magíster en Literatura y Cultura del Instituto Caro y Cuervo

La palabrera

Doña Rosario durmió mal aquella noche y, cuando logró conciliar el sueño, los ronquidos de don Jacinto volvieron a despertarla. Su marido, tendido allí a su lado, no parecía percibir el aire afiebrado y el silbido monocorde de los grillos. Hasta las palomas que anidaban en el tejado se escuchaban inquietas y su ronroneo se sumaba al ruido de los arañazos que producían al zapatear sobre las tejas calientes.

Pero doña Rosario, acostumbrada a los calores del verano, no supo a qué atribuir el extraño nerviosismo que la embargaba.

Sin hacer ruido se acercó a la ventana; nunca había dejado de admirar la belleza de los abetos de la plaza, esos árboles que su padre hizo plantar y que ella vio desde niña. La luz de la luna se filtraba por los resquicios de las ramas. El cielo, excesivamente estrellado, presagiaba otro día de calor agobiante.

Los generosos pechos de doña Rosario estaban mojados de sudor y el camisón de lienzo le pareció más grueso que otras veces. Lo dejó resbalar hasta los pies y frotó todo su cuerpo con una esponja empapada en agua y vinagre de manzanas que había tenido la precaución de dejar en el lavatorio de porcelana. La antigua receta

aliviaba la fiebre y destapaba los poros. Detuvo la esponja en su frente y luego regresó a la cama.

Despertó con los sonidos habituales de la casa. Desde la cocina subían el aroma del café recién colado y las voces de Carmela y Esther que preparaban el desayuno.

Jacinto, bajo la ducha, tarareaba la misma canción añeja de todos los días.

El crujido de los peldaños terminó con la modorra que aún tenía pegada a sus párpados hinchados por la mala noche.

Margarita y Germán parecían estar muy alegres: ese día finalizaban las clases e iniciaban unas largas vacaciones de verano.

A pesar de su robusta apariencia, doña Rosario se deslizaba ágil por el pasillo del segundo piso. Había heredado ese viejo caserón a la muerte de sus padres. También heredó a Carmela, quien fue contratada para todo servicio, y a los pocos meses dio a luz a Esther, debido a un inexplicable descuido, según doña Rosario, y a un increíble milagro, según dijo la misma Carmela.

Escuchó un murmullo en el cuarto de su hermana. Se detuvo intrigada y aguzó el oído: el ruido continuaba invariable.

Entonces abrió la puerta. Ahí estaba Ismenia de pie frente a la ventana, vestida aún con su larga camisa de noche y el pelo blanco recogido en la nuca. Con sus dedos frotaba suavemente sus mejillas, la mirada celeste se le perdía en la nada y movía los labios, lenta y

acompañadamente, mientras salían de su boca sonidos parecidos a una letanía.

Doña Rosario, con los ojos abiertos, quedó largo rato observándola sin lograr entender lo que estaba sucediendo.

De pronto Ismenia se dio vuelta hacia ella. Sus ojos sonreían, tranquilos.

— *Cambio. Tiempo. Basta. Pueblo.*

Las palabras salieron lentas, nítidas y bien pronunciadas.

Doña Rosario quedó petrificada en el umbral de la puerta. Pasaron algunos segundos antes de que pudiera reaccionar.

— Ismenia, querida... Estás hablando...

Doña Ismenia sonrió dulcemente y volvió a mirar por la ventana. Ahí se quedó contemplando los cerros, como siempre, como todos los días.

Doña Rosario corrió a llamar a la familia. Todos se encontraban desayunando en la cocina. Carmela servía las tostadas humeantes mientras Esther llenaba las tazas.

— ¡Ismenia está hablando! —exclamó doña Rosario, agitando nerviosa los brazos—. ¡Ismenia está hablando!

Esther derramó el café sobre el mantel. No era propio de doña Rosario este nerviosismo; ella siempre mantenía la calma hasta en los peores momentos.

— Imposible —dijo don Jacinto—. Ella nació muda y morirá muda.

Los médicos lo aseguraron y no hay vuelta que darle.

Margarita miró la palidez de su madre.

— ¡Subamos! —exclamó, levantándose de su asiento.

Formaron un círculo alrededor de tía Ismenia. Se veía tan tranquila como siempre.

— *Calma. Confianza. Espera. Esperanza.*

Carmela y Ester intentaron correr despavoridas escaleras abajo.

— ¡Alto! —gritó doña Rosario tomando nuevamente el control—.

¡De aquí no se mueve nadie! Llamaremos al médico. Ustedes — dijo señalando a Carmela y Esther—, a sus obligaciones y con la boca cerrada.

Ismenia continuó inmutable pronunciando palabras:

— *Amanecer. Rebelar. Comprender. Aceptar.*

— Seguramente tuvo pesadillas —dijo don Jacinto.

— Las pesadillas no van a devolverle el habla —doña Rosario estaba molesta.

— Puede estar hipnotizada —dijo Germán.

— En lugar de decir tonterías, ve en busca del doctor.

Doña Rosario puso un chal sobre los hombros de su hermana.

— Sea lo que sea, tía —dijo Margarita—, me alegro mucho. De verdad me alegro mucho.

Don Jacinto González terminó de abrochar su chaqueta negra, se acercó a su mujer y se despidió con el mismo beso insípido de todos los días. No era un hombre que abandonara sus obligaciones por

cualquier cosa y la puntualidad era una de sus más preciadas virtudes. Dio una ojeada a su reloj de bolsillo y bajó las escaleras.

Doña Rosario siguió observando a su hermana que, desde pequeña, se había dado a entender por medio de dibujos. Comenzó con trazos débiles y después de un tiempo logró hacerlo en forma rápida y segura. Así, Ismenia obtenía lo que deseaba con mucha más fuerza que si lo hubiese pedido en forma oral.

Cuando don Romualdo Romero donó el terreno para construir la iglesia, los dibujos de Ismenia se llenaron de colorido.

— Parece que la noticia la alegró —había dicho doña Milagros—.

Nunca la vi pintar así.

Guiados por el entusiasmo del padre Rojas, el pueblo de Entre Voces logró reunir los fondos necesarios para construir la capilla. Ismenia, sentada en uno de los escaños de la plaza, miraba cómo se levantaba el templo. Don Romualdo, al ver los ojos brillantes de su hija, comprendió que regalar ese terreno había sido todo un acierto.

Debido a su mudez, Ismenia nunca pudo asistir a la escuela como sus hermanos; sin embargo, parecía entenderlo todo. Ella fijaba la mirada en los labios cuando le hablaban y sus ojos claros decían mucho más que las palabras.

“Será muda —pensaba don Romualdo—, pero es más inteligente que cualquiera”.

Ismenia seguía con mucho interés el trabajo de las personas que construían la iglesia. Los obreros se acostumbraron a verla sentada

allí, muy quieta, con su cuaderno de dibujos sobre la falda y una clara sonrisa de satisfacción.

— Ella nos trae suerte —dijeron esa vez—. Jamás hemos trabajado con tanta prisa y tan poco cansancio.

El padre Rojas dirigió la obra y muchas veces se le vio arriba de los andamios, con la sotana arremangada, clavando las vigas del techo o blanqueando los muros con cal.

Cuando la parroquia se terminó, hubo una gran fiesta en la plaza y una misa solemne celebrada por el sacerdote. Los dibujos de Ismenia fueron pintados entonces con los colores más festivos. En uno de ellos se dibujó a sí misma arreglando jarrones con flores.

Sus padres comprendieron el deseo de la joven y, tras hablar con el padre Rojas, Ismenia pasó a convertirse en la persona más importante de la parroquia después del señor cura.

Llegaba muy temprano con los brazos llenos de flores silvestres y ramas de junco. Sus arreglos tenían la frescura de la naturaleza limpia. Una que otra abeja zumbaba alrededor de los ramos, como si no quisieran desprenderse de su aroma.

Ismenia sacaba brillo a los candelabros con la fuerza de sus manos delgadas, almidonaba los manteles del altar que ella misma había bordado y mantuvo siempre los cirios encendidos. El señor cura no pudo encontrar una ayudante mejor ni más eficiente. El defecto de su mudez pasó a ser otro motivo para confiar en su total discreción.

Todos los días, cuando el sol se ocultaba entre los cerros, el padre Rojas confesaba a sus feligreses. Tenía la delicadeza de hacerlos entrar uno a uno. No se supo si su necesidad de confesar en total privacidad era por su costumbre de hablar en voz muy alta o por la obsesión de mantener en completo secreto los pecados ajenos. Luego de la confesión, acostumbraba a discutir las faltas frente a frente. Daba consejos y reprimendas por igual.

Ismenia era la encargada de hacer entrar a los pecadores por orden de llegada y tomaba asiento cerca del confesionario con los ojos muy abiertos y la cabeza erguida. Su pelo castaño, partido al medio, terminaba en dos trenzas y una lazada de cinta. Su cuerpo delgado no insinuaba aún ninguna forma y se diría que tampoco tenía intenciones de hacerlo. Su temperamento tranquilo y la suave palidez de su rostro combinaban a la perfección con los santos de yeso que adornaban la iglesia.



Germán esperó en el pasillo a que el doctor Capurro terminara de operar. El olor a cloroformo que se colaba por la puerta del quirófano le hizo recordar nuevamente su propia operación de apendicitis. Cada vez que sentía ese fuerte aroma lo relacionaba de inmediato con aquella experiencia que, lejos de producirle malestar, le hacía bullir su juventud por dentro.

“¡Bendita operación!”, pensó riendo mientras caminaba de lado a lado por el pasillo.

El doctor salió del pabellón.

— ¡Hola, cabro! ¿Tú por estos lados?

Dio unas palmadas cariñosas en la espalda de Germán.

Capurro tenía el delantal salpicado de sangre y aún llevaba puesto el gorro de cirugía. Su cara se veía redonda y rosada.

“Más que médico, parece carnicero —pensó Germán, divertido—. Solo le falta el cuchillo”.

— Mi mamá quiere que vaya a examinar a tía Ismenia —dijo.

— ¿A Ismenia? ¡Pero si ella jamás ha necesitado un médico!

— Pues yo creo que ahora sí lo necesita. Tía Ismenia está hablando, doctor.

Capurro miró a Germán con un claro gesto de incredulidad.

— ¿Qué pasa, cabro? ¿Alguna broma de fin de año?

— Si no me cree, puede comprobarlo usted mismo. Pero vaya rápido, mamá está muy nerviosa.

Carlos Capurro había estudiado Medicina presionado por su padre: deseaba que su hijo continuara la carrera que había ido heredándose de generación en generación.

Al joven Capurro le costó hacerse la idea de estudiar en la capital, más aún cuando lo que él siempre ansió en el mundo fue dedicarse a la ganadería. Soñaba con la crianza y engorda de ganado para después venderlo en una gran carnicería.

Pero su padre fue inflexible. En su testamento dejaba todo cuanto tenía para su único hijo, siempre y cuando este obtuviese el diploma que lo acreditaba como Doctor en Medicina.

A la muerte del padre —víctima de la epidemia de tifus exantemático que azotó la ciudad—, el hijo heredó todos sus bienes: casa, consultorio y clientela.

En el frontis de la consulta relució nuevamente la placa de bronce y no fue necesario cambiarla. Su padre había tenido también la precaución de bautizarlo con su mismo nombre. Los pacientes extrañaron al padre, pero se conformaron con el hijo. Hasta hubo algunos que, debido a su vejez, ni siquiera se percataron del cambio.

El nuevo doctor Capurro aún no alcanzaba la especialización de cirujano, cuando tuvo que hacerse cargo de los enfermos. Pero con el correr de los años llegó la oportunidad que necesitaba.

Entre Voces se alimentaba especialmente de carne y la bebida preferida de todos era la chicha de manzana fermentada y dulce. Todo esto, sumado a la vida sedentaria, fueron los factores determinantes de innumerables alteraciones al hígado. Fuertes dolores de estómago afectaban cada vez más a los pobladores.

Hasta que un día, Capurro comenzó a ejercer la cirugía. Operó de apendicitis a todo aquel que llegaba al hospital aquejado de cólicos o hinchazones de barriga. La anestesia, el régimen posoperatorio y cuatro días de reposo mejoraban a todos los pacientes.

La fama del doctor Capurro se extendió, entonces, más allá de Entre Voces. De diferentes lugares acudían hasta su consultorio para entregarse confiados a sus maravillosas manos.

El joven Germán González Romero fue el único paciente operado de apendicitis que efectivamente lo necesitaba.



El antiguo automóvil del doctor Capurro se detuvo frente a la casa de los González Romero con un chirrido de frenos.

— ¡Voy! ¡Voy! —gritó doña Rosario por la ventana del segundo piso.

Lo esperó en la puerta y, antes de conducirlo al dormitorio de su hermana, le explicó atropelladamente lo sucedido.

— No sé si debo alegrarme —dijo nerviosa—. ¿No será un síntoma de alguna enfermedad desconocida?

Solo en ese momento Capurro dejó de lado sus dudas. Conocedor de los Romero de toda una vida, sabía que Rosario era una persona muy equilibrada. A la muerte de sus padres, ella se hizo cargo de Ismenia y le prodigó todo su cariño y generosidad. Jamás se le escuchó una queja ni un reclamo. Los González Romero vivían modestamente con el sueldo que cobraba don Jacinto por su trabajo en el Registro Civil, además de una pequeña renta que Tomás, el más próspero de los hermanos Romero, entregaba mensualmente a

Ismenia por el arriendo de sus tierras. A pesar de sus escasos recursos, los González Romero vivían rodeados del respeto que el pueblo les prodigaba. Algo había en su forma de ser, en su señoría callada, en la dignidad tranquila de sus modales y en aquella casa antigua cargada de recuerdos, que la gente en Entre Voces los reconocía como la cabeza visible del pueblo.

“Parece que el asunto es serio”, pensó Capurro mientras subía las escaleras precedido de doña Rosario.

Ismenia seguía frente a la ventana. Un murmullo se escapaba de su boca con una cadencia sostenida, como si recitara un poema y estuviese acostumbrada a hacerlo.

Capurro se detuvo en el umbral. Ismenia estaba vestida con un sencillo traje de seda azul y la luz que entraba brillante por la ventana se detenía en su cabello, arrancándole reflejos dorados.

“Parece otra persona —pensó—, porque no recuerdo haberla visto vestida de esa forma. Después de la epidemia de tifus ella siempre vistió de negro”.

— Ismenia —dijo doña Rosario—, el doctor Capurro viene a examinarte.

— *Amanecer. Rebelar. Comprender. Aceptar* —dijo Ismenia sin variar de posición.

El rostro de Capurro cambió de la incredulidad al asombro. Sus ojos brillaban muy grandes y oscuros. Desde el viejo maletín que colgaba de su mano, temblaba un ruido metálico que contrastó con la